

HOMENAJE A VALENTIN PANIAGUA CORAZAO



Capítulo 21

COMITÉ EDITOR

Javier Arias-Stella / Juan Incháustegui Vargas
Alberto Adrianzén Merino / Gustavo Bacacorzo / Marita Castro Pisfil /
Domingo García Belaunde / Marco Jamanca Vega /
Francisco Miró Quesada Canturías / Luis Ortega Navarrete /
Henry Pease García / Marcial Rubio Correa / Débora Urquieta /
Alberto Velarde Yañez / Juan Manuel Velarde



**FONDO
EDITORIAL**

PONTIFICIA **UNIVERSIDAD CATÓLICA** DEL PERÚ

Homenaje a Valentín Paniagua Corazao

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2010
Av. Universitaria 1801, Lima 32 - Perú
Teléfono: (51 1) 626-2650
Fax: (51 1) 626-2913
feditor@pucp.edu.pe
www.pucp.edu.pe/publicaciones

Cuidado de la edición, diseño de cubierta y diagramación de interiores:
Fondo Editorial PUCP
Primera edición, noviembre de 2010
Tiraje: 500 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente,
sin permiso expreso de los editores

ISBN: 978-9972-42-941-5
Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2010-14040
Registro de Proyecto Editorial: 31501361000964

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa
Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

EL PRESIDENTE QUE TENÍA UNA BIBLIOTECA¹

Luis Jochamowitz

Cuando terminó la ordalía de los años noventa y Valentín Paniagua se hizo cargo del puesto vacante por abandono, alguien, no recuerdo quién, comentó: «Al fin llega a Palacio alguien que tiene una biblioteca en su casa». El comentario resume bien la naturaleza del hombre que vivía su hora más notoria y crucial. Acostumbrados durante una larga década a escuchar los denuestos en contra de los políticos tradicionales, teníamos de regreso en Palacio a este pequeño abogado del sur, de dicción perfecta y modales impecables. Ya era una diferencia con respecto a los opacos promotores de negocios que durante diez años habían sido la medida y el modelo de todo. Pero la gran diferencia estaba en esa silenciosa biblioteca que guardaba en su casa. Con Paniagua, uno podía tener la seguridad de que llegaba al poder alguien que conocía el doloroso y tierno pasado del Perú, alguien que intuía el río del tiempo, que percibía lo que significa la historia, la sucesión de generaciones, la destrucción y el renacimiento de los sueños, el lugar de los individuos, no como destinatarios de honores o bienes, sino como oficiantes de un rito que viene de atrás, que continuará más adelante, y que nos trasciende porque solo somos un instante.

Que el Perú que salía de los años noventa, cuando la historia se había empequeñecido hasta convertirse en la quincena, haya encontrado en Paniagua al hombre necesario en un momento decisivo, demuestra que hay justicia, y hasta poesía en la historia.

Solo estuve con Paniagua en dos ocasiones, dos largas mañanas en las que le pregunté de todo y él pudo hablar libremente sin esperar nada de mí, ni yo de él. La primera vez fue antes de las elecciones del 2000, cuando la re-reelección se presentaba en el horizonte con la certeza de una noche que no termina. Me sorprendió su combatividad en medio de un ambiente casi de resignación. Allí estaba este profesor universitario, a la edad en la que otros se retiran, dispuesto a dar la

¹ Publicado en el Diario «Perú 21», el 18 de junio de 2006.

pelea aunque supiera que las fuerzas del adversario eran aplastantemente más numerosas, aunque nunca superiores. Recuerdo que hablamos de la historia electoral del Perú, desde la época del pisco y la butifarra, hasta la del baile del chino. La hora no era de optimismo, pero por experiencia sabía que sí era de prueba, la noche se presentaba más cerrada que nunca, por lo que era el momento de persistir.

Un segundo rasgo que me llamó la atención, asociado al anterior, era el carácter inflexible de sus opiniones y tomas de posición. Creí buscar a un hombre acostumbrado al acuerdo, un veterano de la relatividad de las cosas del mundo, dispuesto a conceder y a tomar en partes iguales, y me encontré con un hombre que no estaba dispuesto a ceder ni un centímetro en lo que creía con sinceridad. No estoy seguro de si esto es una virtud o un defecto. Que esa pugnacidad de su carácter no haya trascendido, que no sea famoso por su obstinación e intransigencia, se debe sin duda a sus buenos modales, a su sentido del humor, y a cierta discreción que hoy parece ya extinguida. Por eso, no me llamó la atención cuando, durante su breve gobierno, interrumpió telefónicamente un programa de televisión para fulminar con su réplica al conductor. El episodio sirvió para consolidarlo en el cargo, la gente creyó ver un rasgo de fuerza que se echaba de menos en alguien tan educado. Muy pocos se dieron cuenta de que en ese episodio había aflorado su verdadero carácter.

Paniagua era conocido como un maestro de derecho constitucional, pero había algo en la aridez de ese campo que no llegaba a capturar toda su inteligencia y empatía. Con el pretexto de ser el banco de pruebas de sus amadas teorías legales, había derivado su interés hacia la historia, particularmente la historia de la República, que conocía en detalle. Tenía opiniones muy precisas con las que no estaba dispuesto a transar. En realidad, Paniagua era algo más original que un historiador; era un lector de libros de historia que trataba de probar sus opiniones en la acción política.

La segunda vez que lo vi ya había dejado Palacio y las elecciones del 2006 se aproximaban. Era evidente que no estaba en disposición para terciar y ganar en esa contienda. Tal vez pesaba la debilidad de su propio partido, o su edad que seguía avanzando, o la conciencia de la enorme responsabilidad, lo cierto es que Paniagua era uno de esos políticos que intentan que el tamaño de sus ambiciones no sea mayor que el de sus luces. Al final se vio arrastrado a una candidatura esforzada pero insustancial.

Poco importa ahora que nos podemos quedar con el mejor Paniagua, el que había llegado de último al vociferante Parlamento, el que intervenía breve y juiciosamente, el que podía unificar las fracciones y ocupar el puesto vacante por fuga. Durante un corto lapso la presidencia olió a limpieza, en ese momento era tan raro, que todos debemos estarle agradecidos.